

del país, que se han empeñado en hacer popular la doctrina de los Anomeos.

—¿Cuál es?

—Se han empeñado en explicar y difundir aquel precepto santo de Lutero: "Peca mucho, pero cree muchísimo, y te salvarás."

XXXIII

CREE Y PECA.

Al oír la piadosa protestante que los libritos evangélicos eran apología del pecado, dió un salto de horror, como si oyese una negra calumnia, y dijo:—¡Es imposible!

—¿Es imposible? (respondió Smith, tocando los libros que tenía delante) ¿Es imposible? Hélos examinado todos, uno después de otro. Sólo enseñan á salvarse por medio de la fe: dicen que la fe purifica del pecado, que nos hace amigos de Dios, que nos trae la paz, y que nos asegura el paraíso.

—Esto lo afirmo también yo, repuso animosa la Needle: es el artículo xii de nuestra profesión anglicana.

—Convengo; mas nosotros no despreciamos las obras buenas; á lo menos somos libres para tenerlas en mucho, porque, según al artículo ix, creemos que se pueden hacer, y que para ello se necesita el socorro de la gracia divina. Mas en estos libracos se grita solo: “¡Fe, fe!” y nada más. “Luego (debe concluir el lector) hacer penitencia es innecesario, y desvivirse para observar los preceptos es una demasía, y las obras buenas son un fardo inútil, y el pecado no se opone de ningún modo á la obra de la justificación y de la salud....”

—Mas ¿quién será tan necio, dijo mistress Needle interrumpiéndole, que saque tan impía conclusión?

—Cien y mil. Cayó en ella Calvino, por ser muy lógica, pretendiendo que las buenas obras son como manchas delante de Dios; cayó más profundamente Lutero, formulando aquella hermosa ley: “Peca fuertemente y cree más fuertemente.” Cayó su amigo el docto Melancton, que aseguró que las buenas obras de los justos son otros tantos pecados; cayó Amsdorfio, creado obispo por Lutero, que redactó un libro á propósito para demostrar que las pretendidas obras buenas son altamen-

ts perniciosas para la salud; cayeron gran parte de los *metodistas*, que no vacilaron en hacer la apología del pecado en Inglaterra y en América: entre ellos, el famoso predicante Hill anunciaba que el adulterio, el infanticidio y todos los demás pecados son otros tantos avances para subir á las alturas del paraíso, con tal (por supuesto) que nos acompañe la fe, cayeron los *pietistas* reformadores de Ginebra; caen en toda Italia los chillones que nos asordan gritando: “¡Fe! ¡fe, y nada más que fe!” Así lo comprende el pueblo, es decir, los cuatro bribones que ahondan un poco más en la predicación moderna y en la sustancia de los libelos. A lo ménos no se atreven á propinar sin rodeos á los italianos la infame prédica: “Peca fuertemente.” Esto se podía decir á los alemanes, dominados por el vértigo en los días de Lutero; ahora es preciso un velo de diplomacia. Exáltanse los méritos de Cristo, como también su infinita y absoluta redención. Se habla diestramente de las alegrías del que con la fe consigue aplicarse sus méritos; interpretándose mal la palabra *fe*, se dicen maravillas sobre la confianza en el Hombre-Dios, añadiéndose una retahila de textos escriturarios, y callándose con

astucia la necesidad de la penitencia, de la observancia de los mandamientos y de las buenas obras. Así se viene formando para el pecador un dulce lecho, y puede hacer todas las diabluras imaginables, así como saldar todas las partidas con la fe. Los más lógicos, como ciertos *metodistas* (y no hablo de cosas antiguas, sino modernas), llegan á predicar que si el pecado del creyente desplace á Dios, de ningún modo el creyente pecador, por estar provisto de la fe que lo salva: semejante doctrina la saben demasiado bien poner en práctica en cierta solemnidad, que llaman *revival*, celebrada por los creyentes y las creyentes en los prados ó en los bosques...

—¡Ellos tienen la culpa! repuso la honesta dama, pero no la doctrina.

—No, respondió lastimado el viejo; la culpa es de la lógica. Ya Lutero dijo, antes que los metodistas modernos: "Dios no tiene para nada en cuenta el pecado del que se justifica por la fe: es consecuencia necesaria del *peca mucho y cree más*." Con esto decía implícitamente que la fe cubre los pecados, de modo que no puedan perjudicar al pecador creyente. Mas él sacó de un modo explícito la consecuencia, y deploro que la cultura inglesa me impi-

da recordar el símil que inventó para defender su doctrina.

—Decidlo, señor Smith, replicó John: cuando se trata de ciencia, todo es limpio y decente.—

Smith:—Pues bien, oídlo y olvidadlo. Sabeis que Lutero tomó mujer, en la cual tuvo varios hijos. Pues para explicar el impuro cómo Dios no se ofende por los pecados de los creyentes, dice: "Así como, por ser su padre, no siento el hedor cuando mi Juanito y mi Magdalenita se ensucian en cualquier ángulo de la casa, cuando pecan los hombres, que tienen fe, no siente Dios el hedor de su pecado en gracia de la fe."—

No se atrevió mistress Needle á oponer observación alguna sobre tan indecoroso y villano símil, que le daba náuseas; mas John, impasible y osado, dijo:—¡Ah! ¡Para un apóstol reformador, es oportuno!

—Pues bien, añadió Smith; tales son, y otras no, las doctrinas de estos libros detestables; dórase la píldora, pero es la propia. Pecad y creed, sin peligro de condenaros. ¿No tengo razón de indignarme contra los que procuran extinguir todo sentimiento de piedad, y arrastran á sus semejantes á toda suerte de vicios?

Con especial gusto hubiera mistress Nedle puesto entonces fin á la conversación y á la visita. Mas su hijo, por el contrario, pertinaz como de costumbre para llegar al fondo de las cuestiones, reanudaba y á reanudar volvía el hilo del discurso:—Hacen mal, ciertamente, dijo; convendría que se explicaran mejor, aunque sin dar en el exceso contrario. ¿Quisiérais que se afirmase altamente que nos justifican las buenas obras? Sería caer en pleno papismo, contra los artículos de nuestra profesión.

—Sea lo que quiera, respondió Smith, de ciertos artículos inventados por los hombres, si hallára el buen sentido en una doctrina romana, recibiríala con aplauso, como también si hallase una verdad en el Corán... Por ejemplo: Del símbolo de los musulmanes, *Dios es Dios, y Mahoma es su profeta*, admito lo primero. Por lo demás, un buen protestante anglicano del Alta Iglesia episcopal se debe, ante todo, á la biblia. ¡Todo y únicamente lo que la biblia enseña! He aquí el símbolo sintético heredado por nosotros de Lutero, de Calvino, de Zuinglio, de todos los jefes reformadores de Alemania, de Suiza y de Holanda: nosotros hemos plantado el artículo entre los nuestros, en el número

vi y en el xx. Ahora bien. ¿Qué nos pide la Sagrada Escritura para suponernos justos y asegurarnos el paraíso?

—La fe en Jesucristo, dijo John.

—La fe y las buenas obras, replicó Smith con energía fiera y sin consideraciones. Por merced, olvidaos un poco de nuestra profesión anglicana, y oíd lo que dice la biblia... Ni precisa recurrir á ella, bastándonos el sentido íntimo y la palabra de Dios esculpida en nuestro corazón. ¿No quedaríais horrorizado si os dijese: Señor John; podeis odiar á vuestra madre, como también alegremente hollarla, asirla por los cabellos, darla de puñaladas y degollarla, porque luego un poco de confianza en Cristo os volverá inocente como una paloma; ni lo considerará Dios una gran culpa, si os habeis acordado de concebir primeramente un gran acto de fe? ¿No os llenaríais de indignación si viniese yo asegurando á vuestra madre, que es la matrona más respetable que conozco, que no sería menos cándida á los ojos de Dios si, presupuesto un acto de fe, arrastrase su honor por todas las calles de Londres?

La gentil señora sentíase herida por tan atroz modo de sostener una opinión; pero resplandecía la verdad á sus ojos, al mismo

tiempo que su corazón se indignaba. En el ínterin, Smith seguía diciendo:—No, cien veces no; no se debe predicar una doctrina de la cual resulta por consecuencia que robar, mentir y asesinar, sazonados por la fe, no comprometen la eterna salud. Si mil artículos de nuestra profesión anglicana jurasen que la fe sola justifica, los desmentiría yo mil veces, protestando que además de la fe, se necesita el arrepentimiento íntimo, así como conformarse con la fe profesada, viviendo y obrando bien. Sólo entonces la confianza en los méritos de Jesucristo resulta una virtud; si no, es una loca presunción.—

Hubiera querido el joven que le citara la Escritura, y no el buen sentido. Respondió:—Perdonadme, señor, si me atrevo á demandaros la solución de una dificultad que bulle ahora en mi mente.

—Decid, decid joven: no impongo mis opiniones á nadie; busco la verdad, que debe agradaros á vos, á vuestra madre y á mí y á todos.

—Pues bien, preguntó John: ¿cómo explicais aquel dicho de San Pablo, según el cual *es justificado el hombre, no por las obras de la ley, sino por la fe?*

—¡Buen Dios! exclamó Smith; esto está

más claro que la luz. Estudiado he cien veces el pasaje de San Pablo, en su epístola á los romanos, y varios otros semejantes de la misma. Es evidente que clama el apóstol contra ciertos judíos ó judaizantes de Roma, que pretendían salvarse con las obras ó con la observancia de la ley de Moisés, sin reconocer como Mesías á Jesucristo; por esto les intima que depongan la vanidad de las obras legales, ya insuficientes, y abracen la fe.

Avergonzóse John de haber citado al apóstol tan fuera de propósito, y dijo.—Volveré á estudiar el texto.

—Sí, sí; volvedlo á estudiar, y vereis palpablemente que de ningún modo soñó San Pablo en decir que la sola fe justifica. Dejad que vaya yo al fondo de todas las dificultades. Sí; alguna vez en las Escrituras la justificación y la salud se atribuyen á la fe, pero jamás como causa única y total. Se dice que la fe salva, como se dice asimismo en la biblia que salva la esperanza y que salva la limosna. Quiere por ello Dios indicar que la fe concurre para nuestra salvación, que es necesaria, que es el fundamento de la salud, y que sin ella es imposible agradar al Señor; pero nunca que baste, sin más, como aseguraron Lu-

tero, Calvino y nuestra confesión anglicana.

—Me parece, dijo John, que si en algún lugar dice la Escritura que la fe justifica, nos podemos atener al pasaje,

—Sí, en el caso de que la Escritura en todas partes no pida las buenas obras, además de la fe. Pues bien: San Pablo, en la epístola que dirigió á los de Corintio, dice claramente: “Aun cuando yo hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles; aun cuando consiguiese el don de profecía, y penetrase los misterios, y tuviese toda la fe, hasta el punto de trasportar los montes, si no tengo la caridad, nada soy.” ¿Lo veis? San Pablo, á pesar de “una fe que trasportarse los montes,” nos envía á la casa del diablo, si no nos salvamos añadiendo la caridad. Este pasaje ponía furioso á Lutero, que calificaba de *asnos* y de ignorantes á los que se lo referían; mas nunca lo supo explicar. San Pablo replica de nuevo, en la epístola que dirigió á los de Roma: “No se adquiere la justicia sólo con oír la fe, pero se logra siguiéndola.” A las Gálatas dice: “Nada importa en la Iglesia de Cristo ser ó no circunciso; pero vale la fe que obra por medio de la caridad.” ¿Comprendeis? La fe que obra os la

saludable. Además, Santiago parece que tomó el cometido de desmentir *ad hoc* este punto de nuestra profesión, porque no concluye de declarar que “la fe sin obras es muerta; que también los diablos creen; lo cual de nada les sirve; y que precisa demostrar la fe con las obras buenas.” Re-eled, por favor, este pasaje, y os avergonzareis de nuestro artículo infeliz; ¡tan solemnemente anatematizado está en él!—

John puso la mano sobre una biblia que allí había, en actitud de querer consultarla. Mistress Needle le contuvo, para no prolongar la disputa. Mas no pudo contener la elocuencia del anciano, que prosiguió con nuevo brío, como si entonces apenas comenzase:—Lo peor es que también condena Nuestro Señor Jesucristo al infierno la pretendida bondad que se reduce á no hacer nada bueno sino creer. Al paso que exigía la fe, la ensalzaba y aplaudía, premiándola con prodigios, no dejaba de recordar la penitencia. ¡*Haced penitencia!* Tal era el asunto y la esencia de todas sus predicaciones. El reverso precisamente de los sermones de nuestro predicante y de las advertencias de estos libros infandos. Queriendo el Salvador resumir en pocas máximas toda su moral, reveló las ocho

bienaventuranzas, en las cuales ni una palabra se dice de la fe: ciertamente la considera fundamento de la salvación, mas entre tanto promete la beatitud al que se desprende de lo suyo, al misericordioso, al que se abstiene del pecado, al que soporta las injurias, al que sufre con paciencia las tribulaciones, y así sucesivamente; obras santas todas, como veís, y no actos de fe. Más. Habiéndole preguntado un joven qué debería él hacer con el fin de asegurarse la vida eterna, el Divino Maestro no le contestó, como nuestros reformadores, "Cree y te salvarás," sino "Si quieres entrar en el cielo, guarda los mandamientos." Y para que nadie pudiera engañarse imaginando que la observancia de los preceptos era cosa de simple consejo, amenazó abiertamente con excluir de la salud á los que no hubieran tratado con caridad al prójimo, no menos que á los que despreciaran su revelación. "El que no crea, será condenado," como tambien: "Id, malditos, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me dísteis de comer, tuve sed y no me dísteis de beber." etc. Podría citar otros cien pasajes escriturarios del Viejo y del Nuevo Testamento, en los cuales la justificación y la salud se prometen á

las buenas obras, sin excluir, por supuesto, la fe, que es la fundamental de todas ellas, y sin la cual complacer á Dios es imposible. Mas no quiero pronunciar una disertación. Es, por consiguiente, un error notorio el que nos enseña nuestra profesión anglicana, diciendo que la fe sola nos justifica; error evidentemente contrario al verbo de Dios, al sentido común, y al testimonio de toda conciencia escrupulosa. He aquí por qué me indigno viendo la malvada guerra que hacen algunos en los países católicos, con el fin de propagar el error. Una cosa me consuela; aunque sea predicado, sólo los bribones se conforman con él; aun cuando se haya escrito en diferentes confesiones protestantes, es abjurado en la práctica por todas las almas rectas. No existe un protestante honrado que no dé limosna, que no frecuente la iglesia, que no lea con cuidado la biblia, persuadido íntimamente de que, á los ojos de Dios, así logrará gracia con estas y otras buenas obras, asegurándose la salvación eterna. Quien profesa en teoría la fe justificante por sí sola, en la práctica saludablemente la reniega. Vos misma, señora, con los ejemplos continuos que dais de todas las virtudes domésticas, sociales y

cristianas, sois, sin pensarlo, una noble y piadosa renegada.—

Había John bebido atentamente todas las palabras del viejo, apreciando su valor y su fuerza. Su madre, por el contrario, no fijándose de ningún modo en las razones, se había puesto verde de cólera, viéndose á un anglicano segar sin miramiento en los treinta y nueve artículos del Alta Iglesia. Sin embargo, no pareciéndole decoroso promover una cuestión para reivindicar su fe, tragó la muy amarga píldora, reservándose su derecho de plantar al señor Smith y sus escandalosas opiniones. Para no despedirse con excesiva sequedad, dijo:—Demasiado noto que no llegamos á entendernos en todas las materias, aun cuando existe un punto en el cual estamos por dicha siempre de acuerdo...

—¿Cuál es?

—Respetamos recíprocamente la libertad de opiniones.

—Está bien, dijo Smith; mas quisiera yo algo más.

—¿Qué?

—Que continuárais considerándome puro, sincero y leal protestante, así como perfecto secuaz de nuestra Alta Iglesia.

—Procuraré obedeceros, contestó la

Needle, todo lo posible; pero juzgando con tanta libertad los treinta y nueve artículos...

—¿Cómo? dijo Smith, interrumpiéndola; acepto los treinta y nueve artículos por oro de buena ley, cuando los encuentro conformes con la biblia. ¿Quién puede pedir más á un protestante? Vos misma en los treinta y nueve artículos veís lo que dice con tono de sentencia: “Todo y solamente lo que hay en la biblia.”

—Sí; mas vos la entendeis según os parece.

—Lo mismo que los demás buenos protestantes, que vos, y que vuestro hijo. ¿Quereis tomar como regla de fe las explicaciones del Papa, ó de la reina Victoria?—

Herida mistress Needle por esta contestación, que no dejaba escape, prescindió de toda respuesta, despidiéndose lo más cortésmente que supo. No prometió empero ver nuevamente á Smith: por el contrario, al bajar la escalera juraba en su corazón no tornarle á visitar en mucho tiempo, alejando á su hijo, por todos los medios posibles, de sus conversaciones con

él.—¡Oh! decía en sus adentros: ¿no podré trasladarme á Niza...? ¿A Nápoles...? A Roma...? ¿O volver á Inglaterra (1)?

[1] Los textos bíblicos citados en este capítulo son tan conocidos, que es fácil hallarlos en la Sagrada Escritura; casi todos los auténticos de los heresiarcas se hallan en la *Simbólica* de Moehler.

XXXIV.

UNA DESOBEDIENCIA BIBLICA.

Después de despedirse de sir Roberto Smith con la sonrisa en los labios, mistress Needle volvió á su casa llena de irritación. De ningún modo quería conformarse con las vivas razones alegadas por aquel viejo culto y excelente. Sólo pensaba en la indignidad de lanzarse ¡un anglicano! sin freno ni pudor contra un artículo de su propia confesión, y en el riesgo que corría de pervertirse su amado hijo.—¡Demasiado cree Johu sus palabras, como si fueran oráculos...! A lo menos cuando batalla con Julia, sabe que es una papista rabiosa; la oye con desconfianza, se pone muy en guardia, disputa y se defiende con la tizo-